

Paré, quien lucha con enérgico denuedo contra las ilusiones del alquimista suizo Paracelso y del médico brabanzon Van-Helmont.

»Solo la astronomía se encumbra sobre todas las ciencias, y tal vez en el siglo décimosesto es cuando hace sus mas importantes progresos. Copérnico tras un largo estudio de los trabajos astronómicos de los antiguos, descubre las verdaderas relaciones del mundo planetario, y funda el sistema que destruye para siempre las vanas hipótesis de sus predecesores. El italiano Galileo verdadero inventor del telescopio sostiene con infatigable perseverancia y en medio de persecuciones el descubrimiento de Copérnico. En Dinamarca Tycho Brahe lleva adelante las observaciones de este y proclama un sistema que si bien no ha sido adoptado por los astrónomos, prueba al menos los profundos conocimientos de su autor. A pesar de los errores de Tycho Brahe sus trabajos modificados por experimentos mas exactos, conducen á su discípulo Keplero al descubrimiento de la teoría del universo y de las verdaderas leyes que siguen el movimiento de los cuerpos celestes.»

V.

La triste importancia adquirida por el protestantismo, heregía que ha llegado potente aun hasta nuestros tiempos, hace sumamente útil la reproducción, en este lugar del extracto realizado por el distinguido escritor español Don Emilio Moreno, de la obra de Bossuet, *Variaciones de las Iglesias protestantes*. Su lectura justificará una vez mas el empeño con que los papas han combatido una secta llena de funestos errores y causa y origen de toda suerte de males. Dice así el citado escritor:

»Si los protestantes, dice el sabio autor en el prólogo de esta obra utilísima, estuviesen bien informados de la manera con que se formó su religion, con cuantas variaciones, y con que inconstancia se fueron arreglando sus confesiones de fé: como se separaron primero de nosotros, y despues de ellos mismos entre sí: con que sutilezas, rodeos y equívocos han procurado precaver ó reparar sus divisiones, y reunir los miembros dispersos de su reforma desunida: esta reforma, de que tanto se glorian, no les gustaria mucho, y para decir francamente mi modo de pensar, la mirarian con el

mayor desprecio. De estas variaciones, sutilezas, equívocos y artificios voy á escribir la historia; pero para que sea mas útil, es menester sentar algunos principios, que no pueden negarme.»

»Los luteranos, prosigue, nos dirán que nada les importan las variaciones y la conducta de los zuinglianos y calvinistas; y algunos de estos pensarán tambien que no son responsables de la inconstancia de los luteranos. Mas unos y otros se engañan; pues los luteranos pueden ver en los calvinistas las consecuencias de la conmocion que ellos excitaron y al contrario los calvinistas han de observar en los luteranos el desórden y la incertidumbre de los principios que han seguido. Sobre todo los calvinistas han mirado siempre á Lutero y á los luteranos como á sus autores; y á mas de que el mismo Calvino llamaba á Lutero con particular respeto, *el Jefe de la reforma*, todos los calvinistas, con cuyo nombre comprendo al segundo partido de protestantes, alemanes, ingleses, húngaros, polacos, holandeses, y todos los demas en general que se reunieron en Francfort á solicitud de la reina Isabel, todos estos reconocieron á los de la confesion de Augsburgo, esto es á los luteranos, como los primeros *que hicieron renacer á la Iglesia*; y reconocieron á la misma confesion de Augsburgo, como escrito comun de todo el partido, asegurando que no querian impugnarla, sino solamente entenderla bien en el artículo de la cena, y nombrando entre sus padres no solo á Zuinglio, Bucero y Calvino, sino tambien á Lutero y Melancton. De modo que, segun los principios y declaraciones de los calvinistas, manifestar las variaciones é inconstancias de Lutero, y de los luteranos, es hacer ver el espíritu de atolondramiento é inconstancia en el mismo origen de la reforma, y en la misma cabeza que primero la concibió.»

»En Ginebra se imprimió una coleccion de confesiones de fé, en que están las de los defensores del sentido figurado, y las que defienden el sentido literal; y es muy digno de notarse que aunque las confesiones allí reunidas se condenan unas á otras en muchos artículos de fé, no obstante en el prefacio se dice, que esta coleccion es *un cuerpo entero de la Santa Teologia: y á manera de registros auténticos, á que se debe acudir para conocer la fé antigua y primitiva*. La obra se dedica á los reyes de Inglaterra, de Escocia, de Dinamarca y de Suecia, y á varios príncipes, y repúblicas. Y

aunque estos reyes y estados estén muy separados entre sí de comunión y de creencia, con todo los de Ginebra los llaman *Fieles ilustrados en estos últimos siglos por una gracia singular de Dios, en la verdadera luz del Evangelio*; y les presentan á todas aquellas confesiones de fé, como un eterno monumento de la extraordinaria piedad de sus antepasados.» De aquí colige el autor, que la doctrina de la confesion de Augsburgo, y de las demas de los luteranos, ó es expresamente aprobada por los calvinistas, ó á lo menos reconocida inocente, y en nada contraria á los fundamentos de la fé.

»No hacen los luteranos tanto caso de los calvinistas; pero sus propias mudanzas bastan para confundirlos. Con solo leer los títulos de sus confesiones de fé en la citada coleccion de Ginebra, y en otros libros semejantes en que están reunidas, pasma su multitud. La primera fué la de Augsburgo: el mismo Melancton que la compuso, varió su sentido en la apología del año 1530, firmada por todo el partido. Esta confesion, mudada ya al salir de las manos de su autor, ha sido despues reformada y explicada de muchas maneras: tan difícil era á los nuevos reformadores el hallar de que contentarse, y tan poco acostumbrados estaban á enseñar claramente lo que se ha de creer. Y como si una sola confesion de fé no fuese bastante sobre unas mismas materias, creyó Lutero que debía explicar sus dogmas de otra manera, y en 1537 compuso los artículos de Esmalkalda, para presentar al concilio que Paulo III habia convocado en Mantua, y todo el partido subscribió á estos artículos, que se hallan en el libro que los luteranos llaman *concordia*. Tampoco quedaron satisfechos con esta explicacion, y formaron la que se llama *Sijónica* presentada al concilio de Trento en el año de 1551, y la de Witemberg, que fué tambien presentada al mismo concilio en 1552. A todo lo cual es menester añadir las explicaciones de la iglesia de Witemberg, en que habia nacido la reforma, y otras muchas principalmente las del libro de la concordia en el *compendio de los artículos, y las que se llaman explicaciones repetidas* del mismo libro, que son otras tantas confesiones de fé publicadas auténticamente en el partido, abrazadas por unas iglesias, y combatidas por otras en puntos muy importantes; sin que por eso dejen estas iglesias de querer aparentar que componen

un solo cuerpo, disimulando por política sus disensiones sobre la ubicuidad, y otras materias.

«El otro partido de los protestantes no ha sido menos fecundo en confesiones de fé. Cuando la de Augsburgo fué presentada á Carlos V, los que no quisieron aceptarla, le presentaron la suya, que fué publicada con el nombre de cuatro ciudades del Imperio, la primera de las cuales era Strasburgo. Quedaron tan poco satisfechos de ella los defensores del sentido figurado, que cada uno de ellos quiso hacer la suya. Cuatro ó cinco salieron segun las ideas de los suizos. Los otros quisieron tambien formárselas á su gusto, y de aquí nacieron la confesion de Francia y la de Ginebra. Casi al mismo tiempo se publicaron dos confesiones de fé con el nombre de la iglesia galicana, y otras dos con el de las iglesias de Escocia. El elector palatino Federico III, quiso tener una propia, la cual se halla con las demás en la coleccion de Ginebra. Los de los Países Bajos no gustaron de ninguna de las anteriores, y publicaron la confesion belga, aprobada por el sínodo de Dordrech. ¿Pero por qué los calvinistas de Polonia no habian de tener tambien la suya? En efecto, aunque habian suscrito á la última confesion de los zuinglianos, no dejaron de publicar otra en el sínodo de Czenger; y además habiéndose juntado con los valdenses y luteranos en Sendomir, convinieron en un nuevo modo de explicar el artículo de la Eucaristía, sin que ninguno de ellos se separase de su antiguo modo de pensar.

«Añádase la confesion de fé de los bohemios, que querian contentar á los dos partidos de la nueva reforma: los tratados de union hechos entre las iglesias con tantas variaciones y cláusulas equívocas: las decisiones de varios sínodos nacionales, y otras confesiones de fé hechas en diferentes coyunturas. ¿Es posible, ¡oh, gran Dios! que sobre las mismas materias, y sobre las mismas cuestiones haya habido necesidad de tanta multiplicacion de autos, y de tantas decisiones, y confesiones de fé tan diferente? La Iglesia católica jamás ha opuesto mas de una á cada herejía. Tantas variaciones de los protestantes, prosigue el señor Bossuet, asombran mucho más si se considera el modo con que se hicieron unos autos tan auténticos. Se miró como un juego, lo digo sin exagerar, el nombre de confesion de fé; y nada ha habido menos serio en

la nueva reforma, que lo que hay de mas serio en la religion.»

«Los mismos protestantes conocen cuan espantosa es esa multitud de confesiones de fé; y quisieran excusarla como innecesaria. La primera razon que alegan, es que *habiéndose impugnado muchos articulos de fé, era menester oponer muchas confesiones al grande número de los errores.* Convento en este principio; pero del mismo se deduce cuan absurdas son las varias confesiones de que se habla; pues todas, como demuestra la sola lectura de los titulos, tratan precisamente de los mismos artículos: de manera que este es el caso de decir con San Atanasio: *¿Para qué nuevo concilio, nuevas confesiones, nuevo simbolo? ¿Qué nueva cuestion se ha suscitado?* La otra excusa que alegan es, que *debiendo todo el mundo, como dice el Apóstol, dar razon de su fé, ha sido menester que las iglesias de varios lugares declarasen su creencia por alguna confesion pública:* como si todas las iglesias del mundo por mucho que entre sí disten, no pudiesen convenir en la misma confesion, teniendo la misma creencia: y como si no se hubiese visto este consentimiento de las iglesias desde el origen del cristianismo. ¿En donde se ha uisto que las iglesias del oriente tuviesen en los primeros siglos una confesion diferente de las de occidente? ¿El simbolo de Nicea no servia en todas partes de testimonio contra los arrianos, la definicion de Calcedonia contra todos los eutiquianos, los ocho capítulos de Cartago contra los pelagianos, y así en los demás errores? Pero, responden los protestantes, *ninguna de las iglesias reformadas podia dar la ley á las demás.* No seguramente: todas estas nuevas iglesias, bajo pretexto de huir de la dominacion, se han privado del orden, y no han podido conservar el principio de unidad. Con todo, si la verdad las dominaba á todas, como como ellas se glorian, no era menester mas para unirlas en una misma confesion de fé, que el abrazar todas las de aquella iglesia, á la cual Dios hubiese hecho primero la gracia de descubrir la verdad.

«Si mi relacion hace formar mala idea de la reforma, los hombres de juicio verán que no soy yo quien habla, sino la cosa misma. Si en los autores que nos ponderan como hombres enviados de Dios con una mision extraordinaria para hacer renacer el cristianismo en el siglo XVI, se descubre una conducta directamente

opuesta á tan grande designio; y si por lo comun se observan en el partido que ellos formaron los caracteres mas contrarios del cristianismo renovado: deben los protestantes aprender en esta parte de la historia, que es deshonorar á Dios y á su providencia el atribuirle una eleccion especial que seria notoriamente mala.» En fin, hace ver el autor, que su historia facilitará el conocimiento de la verdad en todos los puntos controvertidos, y la reunion de los protestantes; y concluye: «El católico tendrá continuos motivos de alabar á Dios por la proteccion que concede á la Iglesia, manteniendo inflexible su simplicidad y rectitud en medio de tantas sutilezas, con que se han embrollado las verdades del Evangelio. La perversidad de los herejes será un grande espectáculo para los humildes de corazon. Aprenderán á despreciar con la ciencia que hincha, á la elocuencia que deslumbra; y conocerán que los talentos que el mundo mas admira son de poca importancia, cuando verán tantas vanas curiosidades y tantos desvarios en los sabios, tanto disimulo, y tanto artificio en medio de la belleza del estilo, tanta vanidad y ostentacion, y tan peligrosas ilusiones en los que se llaman bellos espíritus, y en fin tanta arrogancia, tanto arrojo, y tan frecuentes y tan manifiestos errores en hombres que parecian grandes, porque arrastraban á muchos. Con esto se conocerá cuan deplorables son las miserias del espíritu del hombre, y que el único remedio de tantos males, es saber desprenderse del dictámen propio; porque en fin, en esto consiste la diferencia entre el católico y el hereje. Es propio del hereje, esto es, del que tiene una opinion particular, el aficionarse á sus pensamientos; y es propio del católico, esto es, del universal, el preferir á su propio juicio, el juicio comun de toda la Iglesia: esta es la gracia que debemos pedir para los extraviados. Al mismo tiempo inspirará un santo y humilde terror la consideracion de las peligrosas tentaciones que Dios envia algunas veces á la Iglesia y nos moverá á rogar á Dios incesantemente que le conceda pastores santos y sabios; pues por no haber habido muchos de esta clase, fué tan indignamente atropellado el rebaño redimido con un precio de infinito valor.»

«Me he detenido tanto en el extracto del prefacio de la historia de las variaciones, porque es un precioso resumen de toda la obra,

Esta se divide en quince libros. Al principio del primero observa el autor que habia muchos siglos que se suspiraba por la reforma de la disciplina eclesiástica. Especialmente San Bernardo deseaba ver antes de morir á la Iglesia en el estado que tuvo en los primeros dias; y en toda su vida no acaba de llorar los males de la Iglesia, y de dar gracias á Dios con los santos que le acompañaban en la soledad, de que los hubiese sacado de la corrupcion del mundo. Los desórdenes fueron despues aumentando, se introdujeron hasta en la Iglesia romana, madre de las demás, la que observando con exactitud ejemplar la disciplina eclesiástica, la habia mantenido muchos siglos en su vigor por todo el universo. El grande cisma que sobrevino despues ocasionó grandes escándalos, y puso en la boca de muchos grandes hombres y de algunos concilios, la ingénuo confesion, de que era preciso *reformat* á la Iglesia en la cabeza y en los miembros. El cardenal Juliano temia que los excesos del clero de Alemania excitarian al pueblo á levantarse contra todo el clero, á apoderarse de sus bienes, á clamar contra la corte de Roma porque no remediaba tantos males, y á suscitar alguna nueva secta peor que la de los bohemios. «Parece, prosigue el autor, que este cardenal previó los males que Lutero habia de acarrear á toda la cristiandad, comenzando por Alemania; y no se engañó creyendo que el desprecio de la reforma, y el ódio contra el clero por sus bienes, y por sus desórdenes, abortarian una secta mas formidable á la Iglesia que la de los bohemios. Vino realmente esta secta bajo la direccion de Lutero; y tomando el título de reforma, se glorió de haber cumplido los deseos de toda la cristiandad, porque realmente la reforma era deseada de los pueblos, de los doctores y de los prelados católicos.»

«Para autorizar esta pretendida reforma, se recogió con cuidado cuanto dijeron los autores eclesiásticos de los desórdenes del pueblo y del clero. Pero hay en esto una ilusion manifiesta: pues de tantos lugares que citan, ni uno siquiera se halla en que los doctores católicos hayan pensado, ni en mudar la fé de la Iglesia, ni en corregir el culto, que principalmente consiste en el sacrificio del altar, ni en derribar la autoridad de los prelados, y principalmente la del Papa, que es el blanco á que tira toda la nueva reforma de Lutero.» Hace ver el autor que San Bernardo, al paso

que lloraba amargamente las malas costumbres de los fieles, estaba tan distante de pretender ninguna mudanza en la fé ó disciplina, que defendió con invencible fuerza la autoridad de los obispos, y la fé de la Iglesia, siempre que algunos espíritus turbulentos, como Pedro de Bruis, Enrique y Arnaldo de Brescia, quisieron innovar en este particular. El célebre Gerson, al tiempo que clamaba con más vigor que nadie por la reforma de la Iglesia en la cabeza y en los miembros, clamaba tambien que de la Iglesia romana debe recibirse la certidumbre de la fé. Y el cardenal Pedro de Ailli, que tanto suspiraba por la reforma, la juzgaba imposible mientras que durase el cisma, mientras que los miembros de la Iglesia estuviesen separados de su cabeza, y no hubiese un ecónomo ó director apostólico reconocido por toda la Iglesia. De manera que, si Lutero hacia depender la reforma de la destruccion del pontificado, los que antes de él suspiraban con santo celo por la verdadera reforma de la Iglesia, creian preciso ante todas cosas que se restableciera perfectamente aquella santa autoridad que fundó Jesucristo, para conservar la unidad entre sus miembros, y contenerlos á todos en su deber.

«Los clamores de reforma, prosigue, nacen de dos clases de cristianos muy distintas. Los unos verdaderamente pacíficos y verdaderos hijos de la Iglesia, lloraban sus males sin acrimonia, proponian con respeto la reforma, tolerando con humildad la dilacion; y lejos de querer introducirla con la division ó rotura, miraban al contrario á esta como el colmo de todos los males. En medio de los abusos que lloraban, admiraban la divina Providencia que conforme á sus promesas, conservaba la fé de la Iglesia; y aunque no podian lograr la reforma general de las costumbres, no por esto se irritaban ni excedian, creyendo bastante para su felicidad el que nada impedia que se reformasen perfectamente á sí mismos. Estos eran deseos y conatos de reforma propios de los hijos de la Iglesia, á quienes ninguna tentacion podia hacer titubear en la fé, ni apartarlos de la unidad. Pero habia otros espíritus soberbios, llenos de mal humor y acrimonia, que al ver los desórdenes que reinaban entre los fieles aun en el clero, se figuraban que entre tantos abusos no podian subsistir las promesas de la eterna duracion de la Iglesia. El Hijo de Dios habia enseñado